**LAS BIENAVENTURANZAS ****

Analicemos más detenidamente las distintas partes de la serie de las Bienaventuranzas. Encontramos en primer lugar la expresión enigmática, de los «*pobres de espíritu*». Esta expresión aparece en los rollos de Qumrán como autodefinición de los piadosos. Éstos se llamaban también «*los pobres de la gracia*», «*los pobres de tu redención*» o simplemente «*los pobres*». Con estos nombres expresan su conciencia de ser el verdadero Israel; de hecho, recogen con ello tradiciones profundamente enraizadas en la fe de Israel. En los tiempos de la conquista de Judea por los babilonios, el 90 por ciento de los habitantes de la región podía contarse entre los pobres; dada la política fiscal persa tras el exilio, se volvió a crear una dramática situación de pobreza. La antigua concepción de que al justo le va bien y que la pobreza es consecuencia de una mala vida (relación entre la conducta y la calidad de vida) ya no se podía sostener. Ahora, precisamente en su pobreza, Israel se siente cercano a Dios; reconoce que precisamente los pobres, en su humildad, están cerca del corazón de Dios, al contrario de los ricos con su arrogancia, que sólo confían en sí mismos.

En la piedad de estos Salmos, en ese profundo dirigirse a la bondad de Dios, en la bondad y en la humildad humanas que así se iban formando, en la vigilante espera del amor salvador de Dios, se desarrolla esa apertura del corazón que ha abierto las puertas a Cristo. María y José, Simeón y Ana, Zacarías e Isabel, los pastores de Belén, los Doce llamados por el Señor a formar el círculo más estrecho de los discípulos, todos pertenecen a estos ambientes que se distancian de los fariseos y saduceos, y también de Qumrán, no obstante, una cierta proximidad espiritual; en ellos comienza el Nuevo Testamento, que se sabe en total armonía con la fe de Israel, y que se orienta hacia una pureza cada vez mayor.

Aquí también ha madurado calladamente esa actitud ante Dios que Pablo desarrolló después en su teología de la justificación: **son hombres que no alardean de sus méritos ante Dios**. **Son hombres que se saben pobres también en su interior, personas que aman, que aceptan con sencillez lo que Dios les da**, y precisamente por eso **viven en íntima conformidad con la esencia y la palabra de Dios**. Las palabras de santa Teresa de Lisíeux de que un día se presentaría ante Dios con las manos vacías y las tendería abiertas hacia Él, describen el espíritu de estos pobres de Dios: llegan con las manos vacías, no con manos que agarran y sujetan, sino con manos que se abren y dan, y así están preparadas para la bondad de Dios que da.

No hay contradicción alguna entre Mateo —que habla de los pobres en espíritu— y Lucas, según el cual el Señor se dirige simplemente a los «*pobres*». Quien lee el Evangelio de Lucas sabe perfectamente que es él precisamente quien nos presenta a los «*pobres en espíritu*», que eran, por así decirlo, el grupo sociológico en el que pudo comenzar el camino terreno de Jesús y de su mensaje. Y, al contrario, está claro que Mateo se mantiene totalmente en la tradición de la piedad de los Salmos y, por tanto, en la visión del verdadero Israel que en ellos había hallado expresión.

La pobreza de que se habla nunca es un simple fenómeno material. **La pobreza puramente material no salva**, aun cuando sea cierto que los más perjudicados de este mundo pueden contar de un modo especial con la bondad de Dios. Pero el corazón de los que no poseen nada puede endurecerse, envenenarse, ser malvado, estar por dentro lleno de afán de poseer, olvidando a Dios y codiciando sólo bienes materiales.

La pobreza de que se habla aquí tampoco es simplemente una actitud espiritual. La Iglesia, para ser comunidad de los pobres de Jesús, necesita siempre figuras capaces de grandes renuncias; necesita comunidades que le sigan, que vivan la pobreza y la sencillez, y con ello muestren la verdad de las Bienaventuranzas para despertar la conciencia de todos, a fin de que entiendan el **poseer sólo como servicio** y, frente a la cultura del tener, contrapongan **la cultura de la libertad interior**, creando así las condiciones de la **justicia social**.

El Sermón de la Montaña como tal no es un programa social, eso es cierto. Pero sólo donde la gran orientación que nos da se mantiene viva en el sentimiento y en la acción, **sólo donde la fuerza de la renuncia y la responsabilidad por el prójimo y por toda la sociedad surge como fruto de la fe, sólo allí puede crecer también la justicia social**. Y la Iglesia en su conjunto debe ser consciente de que ha de seguir siendo reconocible como la comunidad de los pobres de Dios. Igual que el Antiguo Testamento se ha abierto a la renovación con respecto a la Nueva Alianza a partir de los pobres de Dios, toda nueva renovación de la Iglesia puede partir sólo de aquellos en los que vive la misma humildad decidida y la misma bondad dispuesta al servicio.

Nos hemos ocupado de **la primera mitad de la primera Bienaventuranza**: «***Bienaventurados los pobres de espíritu***»; tanto en Lucas como en Mateo la correspondiente promesa es: «*Vuestro* (de ellos) *es el Reino de Dios* (el reino de los cielos)» (Lc 6, 20; Mt 5, 3). El «***Reino de Dios***» es la categoría fundamental del mensaje de Jesús; aquí se introduce en las Bienaventuranzas: este contexto resulta importante para entender correctamente una expresión tan debatida. Pero quizá sea bueno que nos centremos un momento en esa figura de la historia de la fe que de manera intensa ha traducido esta Bienaventuranza en la existencia humana: **Francisco de Asís**. **Los santos son los verdaderos intérpretes de la Sagrada Escritura**. El significado de una expresión resulta mucho más comprensible en **aquellas personas que se han dejado ganar por ella y la han puesto en práctica en su vida**. La interpretación de la Escritura no puede ser un asunto meramente académico ni se puede relegar a un ámbito exclusivamente histórico. **Cada paso de la Escritura lleva en sí un potencial de futuro que se abre sólo cuando se viven y se sufren a fondo sus palabras**. Francisco de Asís entendió la promesa de esta bienaventuranza en su máxima radicalidad; hasta el punto de despojarse de sus vestiduras y hacerse proporcionar otra por el obispo como representante de la bondad paterna de Dios, que viste a los lirios del campo con más esplendor que Salomón con todas sus galas (Mt 6, 28s). Esta humildad extrema era para Francisco sobre todo libertad para servir, libertad para la misión, confianza extrema en Dios, que se ocupa no sólo de las flores del campo, sino sobre todo de sus hijos; significaba un correctivo para la Iglesia de su tiempo, que con el sistema feudal había perdido la libertad y el dinamismo del impulso misionero; **significaba una íntima apertura a Cristo**, con quien, mediante la llaga de los estigmas, se identifica plenamente, de modo que ya no vivía para sí mismo, sino que como persona renacida vivía totalmente por Cristo y en Cristo. Francisco no tenía intención de fundar ninguna orden religiosa, sino simplemente **reunir de nuevo al pueblo de Dios para escuchar la Palabra sin que los comentarios eruditos quitaran rigor a la llamada**. No obstante, con la fundación de la Tercera Orden aceptó luego la distinción entre el compromiso radical y la necesidad de vivir en el mundo. Tercera Orden significa aceptar en humildad la propia tarea de la profesión secular y sus exigencias, allí donde cada uno se encuentre, pero aspirando al mismo tiempo a la más íntima comunión con Cristo, como la que el santo de Asís alcanzó.

«**Tener como si no se tuviera**» (1 Co 7, 29ss): aprender esta tensión interior como la exigencia quizá más difícil y poder revivirla siempre, apoyándose en quienes han decidido seguir a Cristo de manera radical, éste es el sentido de la Tercera Orden, y ahí se descubre lo que la Bienaventuranza puede significar para todos. En Francisco se ve claramente también lo que «*Reino de Dios*» significa. Francisco pertenecía de lleno a la Iglesia y, al mismo tiempo, figuras como él despiertan en ella la tensión hacia su meta futura, aunque ya presente: *el Reino de Dios está cerca*...

Vayamos a la tercera Bienaventuranza, que está estrechamente relacionada con la primera: «*Dichosos los sufridos* (mansos) *porque heredarán la tierra*» (Mt 5,4) «*los que no utilizan la violencia*». Esta afirmación es prácticamente la cita de un Salmo: «*Los humildes* (mansos) *heredarán la tierra*» (Sal 37, 11). La expresión «*los humildes*», en la Biblia griega, traduce la palabra hebrea anawim, con la que se designaba a los pobres de Dios, de los que hemos hablado en la primera Bienaventuranza. Así pues, la primera y la tercera Bienaventuranza en gran medida coinciden; la tercera vuelve a poner de manifiesto un aspecto esencial de lo que significa vivir la pobreza a partir de Dios y en la perspectiva de Dios.

En el Libro de los Números se dice: «*Moisés era un hombre muy humilde, el hombre más humilde sobre la tierra*» (12, 3). ¿Cómo no pensar a este respecto en las palabras de Jesús: «*Cargad con mi yugo y aprended de mí, ¿que soy manso y humilde de corazón*»? (Mt 11,29). **Cristo es el nuevo, el verdadero Moisés** (ésta es la idea fundamental que recorre todo el Sermón de la Montaña); en Él se hace presente esa bondad pura que corresponde precisamente a Aquel que es grande, al que tiene el dominio.

Jesús con su obediencia nos llama a entrar en esa paz, la establece en nosotros. Por un lado, la palabra «*manso, humilde*» forma parte del vocabulario del pueblo de Dios, del Israel que en Cristo se ha hecho universal, pero al mismo tiempo es una palabra regia, que nos descubre la esencia de la nueva realeza de Cristo. En este sentido, podríamos decir que es una palabra tanto cristológica como eclesiológica; en cualquier caso, nos llama a seguir a Aquel que en su entrada en Jerusalén a lomos de una borrica nos manifiesta toda la esencia de su remado.

En el texto del Evangelio de Mateo, esta **tercera Bienaventuranza** va unida a la promesa de la tierra: «***Dichosos los humildes porque heredarán la tierra***». ¿Qué quiere decir? La esperanza de una tierra es parte del núcleo original de la promesa a Abraham. Cuando el pueblo de Israel peregrina por el desierto, tiene como meta la tierra prometida. En el exilio, Israel espera regresar a su tierra. La promesa de la tierra va claramente más allá de la simple idea de poseer un trozo de tierra o un territorio nacional.

En la lucha de liberación del pueblo de Israel para salir de Egipto aparece en primer plano sobre todo el derecho a la libertad de adorar, a la libertad de un culto propio y, a medida que avanza la historia del pueblo elegido, la promesa de la tierra adquiere de un modo cada vez más claro el siguiente sentido: **la tierra se concede para que ésta sea un lugar de obediencia, un espacio abierto a Dios y para que el país se libere de la abominación de la idolatría**.

A partir de aquí se pudo ir desarrollando un modo nuevo, positivo, de entender la diáspora: Israel estaba diseminada por el mundo para crear por doquier espacio para Dios y, con ello, dar a la creación el sentido indicado en el primer relato del Génesis (Gn 1,1-2,4). El sábado es el fin de la creación, indica su razón de ser: ésta **existe porque Dios quería crear un espacio de respuesta a su amor, un lugar de obediencia y libertad**.

En un primer momento, se puede ver en la relación entre «*humildad*» y promesa de la tierra una normalísima sabiduría histórica: los conquistadores van y vienen. Quedan los sencillos, los humildes, los que cultivan la tierra y continúan con la siembra y la cosecha entre penas y alegrías. Los humildes, los sencillos, son también desde el punto de vista puramente histórico más estables que los que usan la violencia. El mundo pertenece al final a los «*humildes*», a los pacíficos, nos dice el Señor. Debe ser la «*tierra del rey de la paz*». La tercera Bienaventuranza nos invita a vivir en esta perspectiva.

Para nosotros los cristianos, cada reunión eucarística es un lugar donde reina el Rey de la paz. La comunidad universal de la Iglesia de Jesucristo es un proyecto anticipador de la «*tierra*» de mañana, que deberá llegar a ser una tierra en la que reina la paz de Jesucristo. También aquí se ve la gran consonancia entre la tercera Bienaventuranza y la primera: nos permite ver algo mejor lo que significa el «*Reino de Dios*», aun cuando esta expresión va más allá de la promesa de la tierra.

Con lo visto hemos anticipado ya la **séptima Bienaventuranza**: «***Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios***» (Mt 5,9). Para explicar estas palabras fundamentales de Jesús, hay que entrever el trasfondo de la historia universal. En el relato de la infancia de Jesús, Lucas había dejado ver el contraste entre este niño y el todopoderoso emperador Augusto, ensalzado como «*salvador de todo el género humano*» y el gran portador de paz. César ya había pretendido antes el título de «*pacificador de la ecumene*». En los creyentes de Israel salta a la memoria Salomón, cuyo nombre incluye el vocablo shalom, «*paz*». El Señor había prometido a David: «*En sus días concederé paz y tranquilidad a Israel... Será para mí un hijo y yo seré para él un Padre*» (1 Cro 22, 9s). Con ello se pone en evidencia la relación entre filiación divina y realeza de la paz: Jesús es el Hijo, y lo es realmente. Por eso sólo Él es el verdadero «*Salomón*», el que trae la paz. **Establecer la paz es inherente a la naturaleza del ser Hijo**. La séptima Bienaventuranza, pues, invita a **ser y a realizar lo que el Hijo hace**, para así llegar a ser «*hijos de Dios*».

Pablo apasionadamente nos pide en nombre de Dios: «*En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios*» (2 Co 5, 20). La enemistad con Dios es el punto de partida de toda corrupción del hombre; superarla, es el presupuesto fundamental para la paz en el mundo. Sólo el hombre reconciliado con Dios puede estar también reconciliado y en armonía consigo mismo, y sólo el hombre reconciliado con Dios y consigo mismo puede crear paz a su alrededor y en todo el mundo. Pero la resonancia política que se percibe tanto en el relato lucano de la infancia de Jesús como aquí, en las Bienaventuranzas de Mateo, muestra todo el alcance de esta palabra. **Que haya paz en la tierra** (Lc 2, 14) **es voluntad de Dios** y, por tanto, también una **tarea encomendada al hombre**. El cristiano sabe que el perdurar de la paz va unido a que el hombre se mantenga en la «*complacencia*» de Dios. El empeño de estar en paz con Dios es una parte esencial del propósito por alcanzar la «*paz en la tierra*»; de ahí proceden los criterios y las fuerzas necesarias para realizar este compromiso. **Cuando el hombre pierde de vista a Dios, fracasa la paz y predomina la violencia**.